

RECADO CORDIAL A FIDEL CASTRO

Amigo Fidel:

por
MARIO LLERENA

ME uno con el corazón al saludo magnífico que el pueblo de Cuba te acaba de tributar. Las fuerzas civiles del "26 de Julio"—y las de otros núcleos revolucionarios que con ellas juntaron su heroísmo y su sacrificio—han derrotado en contienda desigual a un ejército tácitamente mercenario de negro historial en los anales de Cuba. Y ese hecho que muchos estimaron imposible, constituye el punto de partida más adecuado para una nueva etapa de superación nacional. Gracias a tu iniciativa visionaria, Fidel, ha triunfado el pueblo; han prevalecido los ideales de la República por sobre los lastres persistentes de la colonia.

Estoy seguro de que excusarás la familiaridad que me permito en este mensaje. Nuestro trato en el pasado, creo, me otorga el privilegio. Aclaro esto porque me repugna el exhibicionismo sensible, casi siempre intencionado y oportunista, que hace alardes con el pronombre de segunda persona. Ocurre esta vez, sin embargo, que la forma epistolar se me hace más dúctil y apropiada para las verdades que deseo comunicarte. Y de ahí su empleo.

Quizá adviertas también que el título que encabeza esta carta no es del todo inédito. En 1950, en plena campaña electoral, dirigí desde los Estados Unidos, vía estas mismas páginas de BOHEMIA, un "Recado crítico al senador Chibás". Me consta que este artículo mío se recuerda aún a casi diez años de haberse publicado. Probablemente porque entonces, mucho más allá de mis sospechas, causó saludable conmoción en aquél a quien estaba dedicado y en la plana mayor del Partido Ortodoxo. ¿Por qué? Sensiblemente porque sustentaba una tesis esencial en la evolución política de Cuba, no puesta a prueba todavía. Se reducía a esto: **no basta destruir un determinado aparato de poder; es necesario a la vez llevar delante un programa de fines positivos que ofrecerle al país.**

Pues bien, Fidel, hoy es esa misma tesis, en sustancia, la que tomo de motivo para dirigirme a ti. Como Chibás entonces —que tuvo el gesto sagaz de darle oportuna acogida a aquél llamado de alerta—, tú te encuentras en el vórtice de un momento crucial en el destino de Cuba. Con una notable y profunda diferencia: que si las decisiones de Chibás en 1950 cabían en el marco de una normal peripeia política, las tuyas ahora, para bien o para mal —depende de tu claridad para elegir rumbos y adoptar posiciones—, tendrán inevitable repercusión histórica. Las circunstancias que a ti te rodean hoy son considerablemente más complejas y serias que las que tuvo que confrontar el polémico fundador de la Ortodoxia. Y sobre ti pesan responsabilidades, por lo que la República puede ganar o dejar de ganar, de un peso infinitamente mayor.

Esta convulsión nacional ha creado un complejo de fuerzas nuevas con las cuales se puede hacer una nueva Cuba. Todo depende de cómo se usen. Tu acción revolucionaria, al quebrar por su base el viejo aparato armado de dominación

colonialista, abre al país una ventana de brillantes e incalculables promesas. Pero el instante exige, mucho más ahora que en la etapa cruda de la lucha insurreccional, de aportes consistentes de sabiduría y capacidad políticas. El país acaba de sufrir los efectos de una guerra civil sin precedentes en la crónica republicana, cuya dimensión se aprecia apenas en los millares y millares de muertos y vidas destrozadas y en el inmenso sacrificio moral y material que como ofrenda voluntaria se impusiera el pueblo. Fue, podemos afirmarlo convencidos, un episodio más de "la guerra necesaria". Pero su costo, Fidel, que las mieles de la victoria y el alivio de la opresión pueden por el momento echar un poco en olvido, no quedará del todo justificado mañana, a la hora del recuento sereno y responsable, con sólo la sustitución en el poder del cobarde tiranuelo y su pandilla de desalmados y asesinos. No bastará tampoco un simple "adecentamiento" de la administración pública, ni siquiera con el añadido de unas cuantas medidas aisladas, por acertadas y oportunas que sean. Será necesario también propiciarle a la nación los medios de encontrarse a sí misma, de modo que pueda por sus propios pasos transitar las rutas de un nuevo orden democrático constructivo y

tinuidad de la Revolución Cubana, filosofía del gobierno democrático y papel de la educación, a los cuales el presente agrega ahora dos de carácter temporal: **funciones del Gobierno Provisional y trayectoria e influencia de la figura de Fidel Castro.** Trataré en el resto de esta carta de recorrer someramente y según lo permita el espacio estos puntos.

Si después de estar la República en su propia órbita constitucional fue posible que ocurriera una calamidad como la del 10 de marzo, es porque la democracia que nos dio la "generación del 30", no obstante el formidable trecho recorrido en relación a la caricatura de 1902, seguía aún descansando sobre cimientos de arena movediza. Continuaron intactos los viejos factores de dominación: los grandes intereses de penetración económica, la política mediatizada y servil, y la casta parasitaria e hipertrófica de las fuerzas armadas.

Frente a ese cuadro invariable, nuestro desarrollo nacional puede concebirse como una escala ascendente cuyos peldaños son las fechas revolucionarias: 1868, 1895, 1933, 1956... Tú has sido, Fidel, hasta hace unos días —y lo seguirás siendo en lo que queda delante— la principal pieza humana



"Como Chibás entonces te encuentras en el vórtice de un momento crucial en el destino de Cuba".

funcional. La Historia, como resultado de tu esfuerzo, Fidel, con el concurso del pueblo, nos ofrece la oportunidad única de planificar en gran escala un verdadero renacimiento de la nacionalidad, Aprovechémosla.

Fijadas estas generalidades, quisiera aventurarme en algo más concreto. A mi juicio la caída de Batista —que fue, ni más ni menos, el cadáver insepulto de la colonia— nos pone a los cubanos en situación de revisar y aclarar tres o cuatro aspectos vitales de nuestro desarrollo como pueblo libre. Tres, por lo menos, son de importancia permanente: **sentido de con-**

en este último gran episodio de la Revolución. No olvides que el proceso, desde los fundadores hasta hoy, es uno, y que los hilos ideológicos que lo hilvanan, no importa cuánto se hayan enriquecido o modificado con el avanzar del tiempo, siguen siendo los mismos: **soberanía nacional y forma democrática de gobierno.**

Lo que el pueblo de Cuba ha ansiado desde que le asomn los primeros barruntos de conciencia nacional allá por la primera mitad del XIX, es la suma de Patria independiente y orden social basado en la autodeterminación política del individuo. Por esos

ideales se luchó contra el Imperio Español, por ellos se ha alzado la voz contra el peligro latente de la penetración nortea, por ellos se acaban de derramar mares de sangre peleando contra Batista. Es vital que la multitud de responsabilidades y reclamos que ahora convergen sobre ti —independientemente de la particular posición "oficial" que te toque ostentar— no te hagan perder de vista las razones cardinales de la lucha.

Creo que lo más importante en estos decisivos momentos es preparar al país para la función democrática. No se ciegue el poder revolucionario con la imagen engañosa de un nuevo espejismo mesiánico. La filosofía política de nuestras revoluciones libertadoras nos enseña que ha de ser el pueblo por sí mismo el agente creador de su propio mecanismo político. No sólo por imperativos de ubicación hemisférica y cultural en el llamado mundo de Occidente sino como resultado de la tradición de libertad en que se ha formado y criado nuestro pueblo. La conciencia nacional cubana está indisolublemente vinculada al credo democrático. Los problemas y dificultades que han entorpecido y frustrado las promesas de este credo, nacen de un divorcio entre la teoría y la realidad. Con el pensamiento rendimos homenaje dialéctico a la democracia; con la acción levantamos aparatos de poder que la desmienten. De ese conflicto entre lo que se dice y lo que se practica, surgen calamidades como la del 10 de marzo. Y hasta la posibilidad monstruosa de que gentes como Batista y su calaña hayan podido estar tanto tiempo vigentes en un país como Cuba.

Por eso afirmo que el fin inmediato de la Revolución debe ser la preparación del pueblo. De éste dependen los demás. Hay que dignificar y colocar en su justo sitio el concepto del **ciudadano**, hay que iluminar; hay que educar. Las dos actividades fundamentales que reclaman atención preferente en esta coyuntura revolucionaria son la **política** y la **educación**. La una será el instrumento indispensable del presente; la otra, la vía paralela que nos asegure el porvenir. En un artículo publicado en LA PRENSA de Nueva York el pasado 4 de diciembre, dije esto:

"Cuando pensamos en política y educación no estamos, desde luego dedicándole atención única a estas áreas. Es obvio que el progreso de un país no puede concebirse a retazos. El trabajo, la industria, la agricultura; la vida rural y la marítima, las riquezas del subsuelo, el capital inversionista; la legislación civil y la penal, el régimen de orden público. La maquinaria administrativa del Estado... para mencionar sólo algunos por encima, ofrecen en síntesis rápida una manera de la gran variedad de campos en que será necesario meter el arado revolucionario. Pero es que la política y la educación son funciones básicas y complementarias de la democracia que, en países como el

(Continúa en la Pág. 116)